

de la curia romana, una concesion exigida á la dignidad de la Santa Sede por la Iglesia galicana en peligro; pero como importaba ante todo cicatrizar las heridas que el despacho del Monarca señalaba al Pontífice invocando su ternura paternal, se prestó este á los deseos de la Francia, y pasó á nombrar una congregacion de cardenales, teólogos y jurisconsultos para juzgar esta obra que habia tenido la fortuna de elevarse hasta el nivel de un acontecimiento. Los cinco individuos del sacro Colegio que presidieron á los trabajos de la Congregacion fueron Spada, Ferrari, Fabroni, Cassini y Tolomei, quienes, después de celebradas veinte y tres asambleas en presencia del sumo Pontífice¹, dieron lugar á que el cardenal Fabroni redactase un proyecto de bula que fue comunicado al cardenal de la Tremouille, embajador de Francia; y

¹ Anhelando Fenelon tomar parte en la lucha que se habia empeñado en Roma, dirigió al Jesuita Daubenton, asistente de Francia, una memoria, y en seguida una carta fechada en 4 de agosto de 1713, en la que se lee: «Es necesario apresurarse á terminar este negocio asestando un golpe tal al partido, que no le permita evasiva alguna formal. Si avanza demasiado, será fácil detenerme; pero si no digo lo suficiente, es indispensable darse prisa á salvar el sagrado depósito.»

Y contestando el Jesuita á Fenelon ocho dias después de la publicacion de la bula, le escribia desde Roma en 16 de setiembre: «Hay proposiciones que inspiran pavor entre las ya condenadas, y las hay que chocan poco, y que no parecen dignas de censura; pero por poco que uno se detenga á profundizar su sentido, no podrá menos de descubrir el veneno. Hanse empleado en este exámen, durante casi tres años, los teólogos mas eruditos de Roma, procedentes de las mas célebres escuelas: Mr. Ledron, de la de san Agustin; el Maestro del sacro Palacio y el Secretario del Índice, ambos de la escuela de los Tomistas; los PP. Palermo y Santelia, de la de los Escotistas; el P. Alfaro, teólogo del Papa, de la de los Jesuitas; Mons. Tedeschi, Benedictino, de la de san Anselmo; M. Castelli, de la Mision, y el P. Tevoni, Barnabita. Después de haber tenido estos teólogos diez y siete conferencias en presencia de los cardenales Ferrati y Fabroni, pasaron á examinar las proposiciones á vista del Papa y de nueve cardenales del Santo Oficio en veinte y tres congregaciones, y no hay una sola de ellas que no haya costado al Pontífice tres ó cuatro horas de estudio particular.»

«La bula *Unigenitus*, dice Ranke en su *Historia del papismo*, tomo IV, página 482, fue la última decision sobre las antiguas cuestiones del dogma, suscitadas por Molina, y en la que la corte de Roma se puso, después de prolongadas perplejidades, de parte de los Jesuitas.» El historiador protestante padece aquí un grave error. La bula *Unigenitus* no solo no tiene relacion alguna con las cuestiones suscitadas por Molina, no solo no es una adhesion de los Papas á la doctrina de los Jesuitas, sino que dejando en libertad á todas las escuelas, solo condena la doctrina de las cinco proposiciones de Jansenio,

después de haber obtenido su aprobacion, se promulgó en Roma en 8 de setiembre de 1713 la constitucion *Unigenitus Dei filius*.

Nueve años hacia ya que habia muerto Bossuet, y habia encontrado en las *Reflexiones morales* de Quesnel ciento veinte proposiciones sospechosas; pero mas tolerante aun la Iglesia romana que el genio del galicanismo y que Fenelon, solo reprobó ciento y una, literalmente extractadas de la obra, condenándolas como heréticas y como renovadoras de muchas herejías, principalmente de las contenidas en las célebres proposiciones de Jansenio. Si el cardenal de Noailles habia podido hasta entonces engañarse ó ser engañado, si habia consentido que se inoculase en su alma el error, una vez aceptada la bula en Francia, hubiera debido franquear su corazon á la luz de la verdad: ya no se trataba, religiosa é históricamente hablando, de los Jesuitas; estos se habian confundido en el caos del debate; únicamente se ventilaban los intereses de los sectarios y de la Iglesia universal. Fenelon, ese grande hombre á quien es preciso recurrir para apreciar el espíritu de la época, en una memoria dirigida al Rey en el mes de junio de 1712, trazaba las siguientes líneas tan inexorablemente lógicas:

«Nada hay mas infamante para una sociedad religiosa, que el acusarla á la faz del cristianismo entero como poseedora de una mala doctrina, y como culpable de una conducta irregular con respecto á los obispos, con pretensiones de ser su maestra y su juez. Cuanto mas grave es la acusacion, mas demostrativa debe ser la prueba. Es indispensable, pues, que el Cardenal demuestre todos los hechos alegados, ó sucumba como un insigne calumniador. Si no hace otra cosa que continuar lamentándose y declamando con vaguedad, no hará mas que lo que suelen hacer autores de libelos infamatorios; no le resta medio alguno de retroceder: es preciso que pruebe y que caiga un eterno oprobio sobre él ó sobre los Jesuitas. Empero, si carece de pruebas jurídicas, debe reparar la calumnia retractándola con tanta publicidad como la que ha empleado para propagarla. Dios, cuya

resucitadas por Quesnel, con otras herejías sobre la Iglesia y sobre la potestad eclesiástica y civil. Redactada, segun se advierte, en solo el nombre de los miembros de la Congregacion, y por doctores opuestos á los Molinistas, solo un Jesuita, teólogo del Papa, tomó parte en ella, mientras que los Tomistas y Agustinos formaban la mayoría.

«verdad ha ofendido, la Iglesia á quien ha escandalizado, su conciencia cuya voz ha sofocado, y su misma dignidad de que ha indignamente abusado para infamar á inocentes, exigen esta humillante reparacion.»

Confiaba bastante Fenelon en la virtud de los demás, para dejar de predicar el ejemplo que un dia ofreció él mismo con tan piadoso arrepentimiento; pero si el arzobispo de Cambrai era un héroe de humildad, el cardenal de Noailles solo supo ser un hombre de faccion. Hubiera podido reparar noblemente sus faltas; pero el amor propio, la necesidad del aura popular, cuyo prestigio hacia brillar el jansenismo á sus ojos, y ciertas rivalidades de sacristía, deslumbraron á este príncipe de la Iglesia, impulsándole á contemporizar con todos los partidos, á riesgo de hacerse un objeto de lástima á los ojos de todos ellos. Sin atreverse á acusar con franqueza al cisma, no quiso tampoco defenderle con una audacia que, merced al peligro á que se expusiera, hubiera podido ser apreciada, aun cuando se deplorasen sus resultados. Á fin de facilitar su retractacion, aconsejó Letellier á Luis XIV que pasase á nombrar, como efectivamente lo hizo, al cardenal de Rohan, presidente de la Comision de los cuarenta y nueve obispos encargados de informar sobre la bula, dejando la eleccion de estos prelados en manos de Noailles. Pero la Comision aceptó en 23 de enero de 1714 el decreto pontificio, mientras el Cardenal y otros ocho obispos se reservaron el someter á la Santa Sede varias dificultades. El Parlamento pasó á registrar la real cédula para la ejecucion de la bula, y forzado diez dias después en sus últimas trincheras, adoptó Noailles una neutralidad mas culpable aun que la misma herejía, puesto que condenó las *Reflexiones morales* de Quesnel, al paso que prohibió sostener la constitucion *Unigenitus*. Remitida esta á todos los obispos de Francia, aceptáronla pura y sencillamente ciento ocho: trece aplazaron su adhesion ó propusieron algunas modificaciones, y uno solo, el obispo de Mirepoix, rehusó condenar la doctrina de Quesnel.

No es nuestro ánimo seguir en sus diversas fases la historia de esta bula, tan célebre en los anales de Francia, y que fue recibida por la casi unanimidad de los obispos de la Iglesia galicana y por todo el catolicismo. Es verdad que heria á una secta mas poderosa por la obstinacion que por el número; pero esta secta sabia que la oposicion contra el poder establecido tiene siempre en

el reino cristianisimo ciertas probabilidades inesperadas de triunfo: basaba en el imprevisto sus mas audaces proyectos, y el imprevisto no la dejó jamás chasqueada. Los Jansenistas veian á la parca blandiendo ya su hoz sobre la familia real: la parca habia ya cortado el hilo de los dias á toda la jóven generacion; ya no restaba mas que un anciano y un niño. Luis XIV habia tenido á raya las malas pasiones; la guerra civil, la misma Fronde, no eran ya realizables: el país se veia amenazado de una regencia, de la que no podrian menos de originarse multitud de disturbios, nacidos de la ambicion del duque de Orleans, cuyos vicios eran un aliciente para todos los desenfrenos: importaba, pues, fomentarlos á toda costa. Los Jansenistas, que estaban en acecho, empezaron para propagar sus sistemas por enconar á la ciudad y la corte á favor de esas anécdotas supuestas de que se hizo el inventor el abate Dorsanne, vicario general del cardenal de Noailles y acérrimo jansenista, insertándolas en su Diario, mientras que Duclou las reproducia en sus Memorias.

El Monarca se hacia viejo, y el infortunio, que corria parejas con la edad, heria sin abatir aquella enérgica madurez que permanecia impassible al aspecto de las tumbas entreabiertas de su hijo y sus nietos: hallábase la muerte en su palacio, y la desolacion en sus fronteras; y sin embargo, este Soberano, casi octogenario, nada habia perdido de su vigor. Este Príamo de la raza de los Borbones miraba con ojos enjutos, aunque con el alma traspasada de dolor, todos aquellos cadáveres salidos unos en pos de otros del palacio de Versalles para ir á aguardarle bajo las bóvedas de San Dionisio: parecia destinado á llevar el luto de toda su dinastía. Pero si el padre de familias se veia entregado á sus desesperaciones interiores, el rey dominaba todavía al hombre que al aspecto de tantos sarcófagos no permitia á su frente llena de majestuosa tristeza revelar la amargura de sus pensamientos. Tantos esfuerzos contenidos iban sin embargo á romper los lazos que le unian á la existencia: los Jansenistas juzgaron que para ellos no era todo esto mas que un negocio de tiempo; y mientras acechaban esta hora tan suspirada, se decidieron á calumniar á los Jesuitas.

Personificados estos en Letellier, cuya política acaba de manifestarnos la correspondencia íntima de Fenelon, asestó la secta contra él todos sus tiros. Dotado de la confianza del Monarca y

armado de un poder sin límites; merced á los acontecimientos, imputáronle cuantas fábulas puede inventar la malignidad: quien señalaba con tristeza las elevadas murallas de la Bastilla donde perecian tantas víctimas de su despotismo monacal; quien, no contentándose con estas hipócritas declamaciones, llegó á imaginarse que habia determinado sumir en sus calabozos al mismo cardenal de Noailles, y que el temor de un martirio en expectativa debía inocular en esta debilidad revestida de la púrpura el valor de la venganza. Hé aquí cómo refiere Duclos el hecho en sus *Memorias secretas*:

«Vista por el Confesor del Rey la inutilidad de esta conferencia, hizole observar que no quedaba otro medio de reducir á un Parlamento rebelde y un prelado hereje, que un decreto emanado de su autoridad; que era indispensable arrestar al cardenal de Noailles, conducirlo á Pierre-Encise y de allí á Roma, donde seria degradado en pleno consistorio, y suspender, por último, de sus funciones á de Aguesseau, confiándolas á Chauvelin que formaria el pedimento. Resistíase el Rey á tanta violencia; pero el fogoso Confesor pasó á intimidarle exponiéndole el gran interés que tendria en ello la causa de Dios: el proyecto estuvo á pique de ser ejecutado. Estaba Letellier tan convencido de su realizacion, que escribió sin demora á Chauvelin detallándole el plan; mas, habiendo sido este atacado de una enfermedad de viruelas, de que murió, cayó la carta en manos de un tercero, y al instante se extendieron y diseminaron copias. Yo mismo tengo á la vista en el momento en que escribo la que pretenden ser el original, y confieso que la firma no me parece exactamente conforme con la de otras tres cartas de Letellier, con las que acabo de cotejarla en la oficina de Negocios extranjeros; lo que me hace sospechar que esta carta sea uno de esos piadosos fraudes que se permiten los partidos.»

El analista recela por fin el fraude que se demuestra á sí mismo, y pasa á confesarlo; pero no por eso persiste con menos obstinacion en creer el rapto del Cardenal. La familia del abogado general Chauvelin declara apócrifa la mencionada carta¹; y á pe-

¹ «Hallóse, dice Dorsanne en su *Diario*, tomo I, pág. 205, en casa de este magistrado (Chauvelin) una carta que le habia dirigido Letellier el mismo día de su defuncion, y de la que se habian dado al público varias copias... Léíase en ella, entre otras muchas cosas, lo siguiente: *La orden reservada*

sar de que Dorsanne se hace cargo del mentis para registrarle, defiende no obstante el hecho como si nada fuese capaz de trastornar su creencia: esto consiste en que la historia, escrita por la pasion, no necesita apoyarse en pruebas ó documentos irrefragables; dirígese á la credulidad pública, y la credulidad acepta sin exámen.

En tanto que la bula *Unigenitus* preocupaba de este modo los ánimos, transformándose contra los Jesuitas en una palanca que serviría un día para derrocar su Orden, entregados los Padres en Paris y las provincias á sus afanes apostólicos, se creaban entre los magnates y el pueblo una autoridad difícil de neutralizarse, haciéndose todo para todos. Luis XIV utilizaba su celo, y aun trataba de desplegar sus talentos en el terreno de la política: colocábalos en todas las posiciones, y en todas ellas les exigia servicios en provecho de la Francia, que, á ejemplo de su Soberano, prestaba un oido atento á sus instrucciones. Encargados en 1690 de formar capellanes para la armada fondeada en Brest y Tolon, se ocupan de la educacion de los jóvenes marinos, y preparan á los eclesiásticos, que deben sostenerlos en los peligros dulcificándoles el aspecto de una muerte arrostrada lejos de su patria. De un lado, se los ve evangelizar en el arrabal de San Marcelo de Paris; del otro, aparece un decreto del parlamento de Bretaña nombrando á dos Jesuitas examinadores de las obras; y mas adelante, cuando el incendio de 1712 pasará á devorar la biblioteca de los Padres de Rennes, votarán los Estados de esta provincia una suma de 5000 francos para ayudarles á reparar aquel desastre. El P. Barbereau habia pasado á ser en Ruan, merced á lo encumbrado de su caridad, el amigo del pobre y el consejero del rico.

Do quier que habia infortunados que necesitaban un socorro, se dejaba ver un Jesuita. Dirigiéndose con la misma igualdad de amor al católico victorioso que al calvinista derrotado, se los halla á la vez en la choza del indigente y en los palacios de los poderosos de la tierra; visitan con igual efusion las mazmorras y la corte; encuéntranse en medio de los hospitales y sus harapos co-

«de S. M. para arrestar al Cardenal está ya pronta; solo resta conducirlo á Pierre-Encise con una buena escolta.» Y añade en seguida Dorsanne: «La familia de Mr. Chauvelin protestó públicamente contra la falsedad de esta carta, declarándola apócrifa.»

mo entre el oro y seda de los edificios suntuosos; y mezclados con todas las clases del mundo, á todas asisten en sus jubilos y en sus dolores. Bouhours recibe el último suspiro del duque de Longueville; Rapin es amado del cardenal de Rospigliosi; Vannièrre tiene por confidente de sus poesías al príncipe de Conti; Bourdaloue pasa á ser el comensal del primer presidente Lamoignon; Tourne mine se familiariza con los cortesanos de mas genio, y se le encuentra con Cavoie en los jardines de Versailles, y con el duque de Antin bajo las sombras de Petit-Bourg. Los PP. Francisco Berge y Dechamps disfrutaban en tan alto grado de la intimidad del príncipe de Condé, que cuando en el mes de diciembre de 1686 conoció el héroe que le era preciso abandonar la tierra, después de haber pedido á Dios la gracia de morir como cristiano, recurrió en aquel momento supremo al P. Dechamps. « Cuando aun no « habia llamado la muerte á sus puertas, dice Bossuet ¹, cuando « aun no se veia aguijoneado por el tiempo, pasó este gran Prín- « cipe á ejecutar lo que meditaba: llama cerca de sí á un sabio « religioso; arregla este los asuntos de su conciencia, y obedece « como humilde cristiano á su decision, sin que ninguno haya du- « dado hasta el dia de su buena fe.» Mientras Luis XIV acogia con su acostumbrada bondad al P. La Rue y á Boileau, conversando familiarmente sobre la literatura con el orador Jesuita y el poeta jansenista, el P. Le Valois, el amigo de Fenelon y del duque de Beauvilliers, compartia con ellos las atenciones de la educacion de los nietos del Rey. El P. Martineau dirigia la conciencia del jóven duque de Borgoña, ese Marcelo que el arzobispo de Cambrai anunciaba á la monarquía francesa; el P. Gouye se asociaba á los trabajos de la Academia de ciencias; Jacobo Rosel y Gil Alleaume educaban al duque de Borbon, hijo del vencedor de Rocroi, y el P. Mateo de La Bourdonnaye era el confesor de Felipe de Orleans, sabiendo, en estas funciones puramente honoríficas, hacerse respetar de un príncipe que, segun el dictámen de Luis, llevó el vicio hasta la impudencia ². El P. César de la Tremouille, creyendo que su nobleza se lo imponia como un deber,

¹ Obras de Bossuet, *Oracion fúnebre del príncipe de Condé.*

² Este Jesuita habia amenazado diferentes veces al duque de Orleans con retirarse del palacio real, si no cambiaba de conducta; y, segun refiere el convencional Gregorio en su *Historia de los confesores*, pág. 380, viéndole madama de Maintenon algo melancólico hácia la época del jubileo de 1700, y pre-

se consagra desde luego al servicio de los pobres. Pedro Pomereau metodiza la piedad de la reina de Portugal; René de Carné, que ha vivido en la Compañía sesenta y dos años, es el mentor espiritual de sus colegas de la Sorbona; y por último los jefes de escuadra Tourville, Nesmond y Château-Reneaud conservan en su navío almirante á un Jesuita que les facilita la obediencia de sus subordinados. El discípulo de Ignacio venia á ser en este siglo el hombre indispensable; el mismo duque de Saint-Simon no pudo sustraerse á su ascendiente. « Pusiéronme mis padres, es- « cribe, en manos de los Jesuitas con el objeto de amamantarme « en la Religion; y á la verdad que no pudieron hacer eleccion « mas acertada: porque, dígase de ellos lo que se quiera, es pre- « ciso convenir en que los hay muy santos y muy ilustrados. « Yo permanecí en donde me habian colocado, aunque sin re- « lacionarme con ningun otro mas que con el P. Sanadon que « era mi preceptor.» El duque de Saint-Simon, que no habia visto de cerca mas que un Jesuita, y este era *santo é ilustrado*, describe á los demás, á quienes no conoce sino de oidas, con los mas odiosos coloridos.

En tanto que Huet, obispo de Avranches, se retiraba á la casa profesa de Paris con el objeto de poner un intervalo entre el estudio y la muerte, el almirante Coëtlogon pasaba en el noviciado los últimos años de su gloriosa existencia, ocupándose únicamente del negocio de su salvacion, segun las expresiones de Duclos. « Habiéndole presentado cuatro dias antes de su muerte el baston « de mariscal de Francia, dice el analista clandestino, contestó á « su confesor, que se lo anunciaba, que en otro tiempo lo hubie- « ra aceptado con júbilo, pero que, en el estado en que se halla- « ba, solo veia la nada del mundo, y así, que no le hablase sino « de Dios.»

Tal era el fin que los Jesuitas sabian preparar á los hombres del siglo XVII. En Francia, vivian por sus consejos ó espiraban entre sus brazos; al paso que en Italia, el P. Juan de Brignole, á quien apellidaban los indigentes el Cajero de Dios, sucumbia al

guntándole el motivo: « Este diablo de jubileo, contestó, me obliga á hacer « endiabladas reflexiones: he cometido tantas maldades que no sé cómo ex- « piarlas.» Y sin embargo comulgó en el jubileo. Pero una carta de la marquesa de Maintenon, que lo refiere, asegura que el P. La Bourdonnaye no tuvo parte alguna en esta comunión.

peso de sus fatigas apostólicas y demás obras de misericordia; y como si los hijos de Ignacio debiesen, pasada la borrasca, recoger los restos de todos los naufragos, Manuel Teodosio de la Tour de Auvergne, cardenal de Bouillon, encierra sus últimos días en el noviciado de San Andrés de Roma. Los Jesuitas habian apreciado, desde su juventud, á este príncipe de la Iglesia á quien Turena, su tío, recomendaba con tan amable modestia al General de la Compañía. En memoria del gran capitán, le fueron fieles tanto en su prosperidad como en sus desgracias; y cuando, fatigado de una vida de agitaciones, intrigas y desencantos, quiso ocuparse de la eternidad, fué á pedir un puerto sosegado á los que no le habian dado sino sabios consejos.

Empero si Colbert, Louvois, Seignelai, Pontchartrain y Croissy, ministros todos ellos de Luis XIV, se rodeaban de los consejos del P. Antonio Verjus; si el mariscal de Luxemburgo y Villars le escuchaban como un oráculo en los asuntos mas importantes, no consintiendo su hermano Verjus, conde de Crecy y embajador cerca de la Dieta germánica, en ser el único que estuviese privado de sus luces, suplicó al Monarca que obtuviese de los jefes del Instituto este auxiliar diplomático; y habiendo sido efectivamente autorizado para pasar á Alemania, se hizo bien pronto estimar, merced á la profundidad de su talento y á la moderacion de su carácter, de todos los príncipes católicos y aun de los mismos protestantes; pasando á contar entre sus mas íntimos amigos al baron de Schwerin, ministro del elector de Brandeburgo, y al ministro del duque de Hanover, Grote, ambos celosos luteranos. El P. Beltran de Saint-Pierre disfrutaba en el palacio real de la confianza é intimidad de la duquesa de Orleans; y mientras los mas eruditos parlamentarios seguian los piadosos consejos de Juan Crasset, el victorino Santeuil sostenia una guerra de epigramas poéticos con el buen Rollin y el P. Commire.

Á la manera que el catolicismo, apoyábanse y hacian mas cuenta los Jesuitas del hombre que de la mujer: acusábanlos, y aun en el día los acusan de querer captarse el corazón del hombre y del párvulo por medio de la mujer; pero con estudiar á fondo su historia, vemos todo lo contrario. Así lo refiere en sus *Conversaciones* madama de Maintenon, quien habiendo suplicado á Bourdaloue que tuviese á bien dirigirla, solo permitió hacerlo dos veces al año: «Y sin embargo, añade con ingenuidad esta reina

«de Francia en los placeres de Versalles, la direccion de mi conciencia no era cosa de despreciar.» Hállase el motivo de esta preferencia otorgada á los hombres en una carta de san Francisco Javier al P. Barzée, donde, después de encargarle que tenga con el bello sexo las menores relaciones posibles, así como las mas prudentes, añade en este escrito¹, propuesto por la Orden entera como una regla de conducta á todos sus individuos, lo siguiente: «Puesto que la inconstancia y caprichos de las mujeres ocasionan á los confesores mas trabajo que provecho, les aconsejaria que se dedicasen con preferencia á cultivar el espíritu de los hombres, ora porque reportarán mayores ventajas en la instruccion de los maridos, á quienes la naturaleza ha dotado de mas vigor y constancia, ora porque el buen orden de las familias y la piedad de las esposas dependen de la virtud de aquellos: *Qualis est rector civitatis*, dice el Sabio, *tales et inhabitantes in ea.*»

Dejando los Jesuitas á la mujer en la condicion en que la colocara el Hacedor, solo trataron de estimular su activa impulsión hácia las obras de caridad, llamándola únicamente á socorrer la indigencia y á consolar las miserias de la humanidad. No forman, como los Jansenistas, un cenáculo de mujeres en derredor suyo; ni tratan de abrigar bajo su égida el coquetismo ó el pudor sedicioso de la duquesa de Longueville, la princesa de Conti, la señorita de Vertus, y las madres Angélica é Inés Arnauld; ni tienen, como los filósofos del siglo XVIII, una turba de Egerias dispuestas siempre á cantar sus alabanzas; ni por último las mariscalas de Luxemburgo y Geoffrin han improvisado en su honor los frutos de ingenio de consuno con las Deffant, L'Espinasse y Saint-Julien. Los Jesuitas, que han visto el mundo tal como era, se han dirigido á los hombres: y sin retroceder ante la intervencion de la mujer, no la han dejado otro papel que el que Dios la destinara. Conformes en un todo con el precepto del Apóstol de las Indias, cuyo pensamiento supo comentar Bourdaloue con tanta perfeccion ante la reina clandestina; y sabiendo que la mujer, haciéndose el nervio y vida interior del catolicismo, solo lo debe á una invencion enteramente moderna, emplearon otros medios de accion, como lo prueba de un modo incontestable el cuadro que acabamos de trazar. Y sin embargo, todavía se desprenden

¹ *Cartas de san Francisco Javier*, tomo II, pág. 37.